

segundo, porque impiden el fruto de otras plantas; tercero, porque si hay alguno lo despedaza y desgarra. Y también dice el Crisóstomo: "no hay que admirarse si á las delicias llamó el Señor espinas, porque al cuerpo y al alma acarrearán acerbísimos dolores."

"La semilla que cayó en buena tierra, son, los que con bueno y excelente corazón oyen y retienen la palabra y dan fruto en la paciencia." El buen corazón, es el que "en devoción empapado, con lágrimas humedecido, con la gracia regado, con el arado de la disciplina abierto, con la confesión purificado, con el propósito fortalecido, con los buenos deseos preparado," (1) sembrado produce mucho fruto, con la paciencia en los trabajos, la paciencia en las tentaciones, la paciencia en las pruebas, la paciencia en la vida y en la muerte. Pidamos, hermanos, al Señor esta paciencia, para que en buena tierra recibamos la semilla, y de ella tengamos algún día copiosos frutos de vida eterna. Amen.

(1) Ita Albert. Magn.



DOMINGO DE QUINCAGESIMA.

**Continuación del santo evangelio
según San Lucas.**

Tomó Jesús aparte á los doce, y les dijo: Mirad, vamos á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los Profetas del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, y será escarnecido, y azotado y escupido. Y después que le azotaren, le quitarán la vida y resucitará al tercer día. Mas ellos no entendieron nada de esto, y esta palabra les era escondida, y no entendían lo que les decía. Y aconteció, que acercándose á Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna. Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron, que pasaba Jesús Nazareno. Y dijo á voces: Jesús hijo de Da-

vid, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reñian, para que callase. Mas él gritaba mucho más: Hijo de David, ten misericordia de mí. Y Jesús parándose, mandó que se le trajesen. Y cuando estuvo cerca, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él respondió: Señor, que vea. Y Jesús le dijo: Vé, tu fé te ha hecho salvo. Y luego vió, y le seguía glorificando á Dios. Y cuando vió esto todo el pueblo, dió loor á Dios. (Luc. XVIII. 31 . . . 43.)

1.

Vemos en este Evangelio, amados hermanos míos, que Jesucristo quiso anunciarles su Pasión á sus discípulos para prevenirlos, avisándoles que había de resucitar á fin de que viéndole morir no dudasen ni se escandalizasen de su muerte. Y así les anuncia cuatro circunstancias de lo que debía padecer antes de morir, esto és, que sería entregado á los gentiles, que sería burlado, y azotado, y escupido, cosas todas no sólo de grande dolor, sino de grande ignominia y vergüenza; y así pasó puntualmente: fué entregado á Poncio Pilato y sus soldados que eran gentiles; fué espan-

tosamente azotado en el pretorio, fué burlado como rey de farsa y asquerosamente escupido en las casas de los Pontífices. Y aun ahora, el que consiente á las tentaciones, lo entrega al demonio; el pecado de impureza lo azota; la hipocresía, lo burla y escarnece; y la embriaguez y las malas palabras lo escupen. Tenedlo presente, hermanos míos, para no hacerle padecer á Nuestro Señor tales tormentos, renovando las afrentas de su pasión.

Dice el Evangelio que nada entendieron de esto los discípulos, y que esta palabra les estaba escondida, (1) porque la palabra de las tribulaciones y trabajos, de las penas y amarguras, nó las comprende la humana naturaleza que sólo quisiera contentamiento y deleites, y gozo continuo y vida sin muerte; mas Jesucristo nos enseña á pensar en los trabajos y á esperarlos sin resistencia, y á tolerarlos con entera conformidad.

Después de esto refiere el santo Evangelio, que acercándose el Señor á la ciudad de Jericó, un ciego estaba pidiendo li-

[1] Per hoc significatur, quod homines carnales, aspera nolunt audire, sed ad delectabilia sunt intenti. Liran. hic.

mosna á orillas del camino. Este ciego, dice el Evangelista San Marcos, que se llamaba Bartimeo, [1] y significaba, dice San Buenaventura, al género humano, ciego, porque le faltaba la luz de la sabiduría y yacía sepultado en las sombras de la ignorancia, y al mismo tiempo mendigo porque le faltaba la gracia y la justicia; y de la misma manera cada uno de nosotros, cuando no mira las cosas de Dios y las verdades de la fé, está ciego y mendingando cuando está privado del pan de los sacramentos y de la vestidura de la gracia. Mas el ciego Bartimeo, estaba sentado cerca del camino; y como Jesucristo dijo: "yo soy el camino," (2) quiere decir, que el que está cercano á Jesucristo está próximo á ser curado, y con su luz, alumbrará su ceguedad y lo hará caminar en su seguimiento.

Cuando oyó el ciego el ruido de la multitud que iba pasando, preguntó qué sería ello. Esta turba que pasa nos designa al mundo con sus pompas, sus riquezas y vanidades porque la figura de este mundo, como dice el Apóstol, (3) también vá pasando,

[1] Marc. X. 45.

[2] Joan. XVI. 6.

[3] ad Cor. VII. 31.

y no hace mas que pasar; pues todo lo temporal no tiene base ni subsistencia, y sólo lo eterno es estable y no pasará jamás; por lo cual nó debemos abrazarnos y engréirnos con los bienes temporales que con la muerte hemos de dejar sino ocuparnos en atesorar tesoros para el cielo como el Salvador nos amonesta, donde ni el ladrón los roba ni la polilla los consume. (1)

Contéstanle al ciego, que es Jesús Nazareno el que pasa, y entonces comenzó á gritar diciendo: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. Pudiera esperar copiosa limosna de tanta gente que pasaba, pues era gente piadosa, propensa á socorrer á los pobres; pero nó piensa en esto ni pide limosna, ni se dirige á los que pasaban; sino que sabiendo por pública voz y fama las maravillas de Cristo, sólo á El se dirige, y á gritos le habla confesando que es el Mesías, que todos sabian había de ser hijo de David, é implorando su compasión; y aunque los que iban por delante lo regañaban para que no aturdiere con sus gritos, él, sin hacer caso, gritaba con más fuerza repitiendo sus mismas palabras:

[1] Math. VI. 20.

Jesús Hijo de David, ten misericordia de mí. Y este ciego, admirablemente nos enseña, hermanos míos, cómo deben ser nuestras oraciones; porque lo primero, nó expresa en su súplica cosa particular, sino sólo pide compasión, diciéndole al Señor, ten misericordia de mí. Y así debemos pedir al Salvador, que nos compadezca, que mire nuestra miseria, apiadándose de nuestras necesidades, y que ejercite con nosotros su misericordia remediándonos, ó dándonos paciencia y fortaleza para sufrirlas. Lo segundo, alega este ciego el título de Hijo de David, pues David fué un rey muy misericordioso y compasivo, y el recordarlo era como comprometer al Señor á que usase con él de misericordia; y así debemos alegarle al Señor semejantes títulos para que nos oiga, como nuestra madre la Iglesia le dice en sus oraciones: Oh Dios, cuya misericordia no tiene número; oh Padre de misericordias y Dios de todo consuelo; oh Dios, de quien es propio compadecerse siempre y perdonar, etc.

Lo tercero, este ciego pedía, nó á media voz, sino clamando con todas sus fuerzas; y así la oración no debe ser tibia, floja, ni remisa, sino que debe ser con clamor gran-

de del corazón, para poder decir con la Iglesia: "que mi clamor llegue á tí," y con el Salmo: "cuando yo clamé el Señor me escuchó." [1] Lo cuarto, fastidiadas las gentes con los gritos del ciego le reprendían por que callase, tal vez alegando que molestaba al Señor con tales voces; pero él, nó sólo no dejaba de clamar, sino que, como dice el evangelio, gritaba mucho más. Así cuando las distracciones, los negocios y aun los mismos demonios, nos inciten á dejar la oración, y aun nos parezca que con tantas instancias como que molestamos al Señor, no hay que hacer caso de esas tentaciones, ni por nada de esto hemos de dejar de pedir, antes ello nos debe servir de estímulo para clamar más y más al Señor, solicitando su misericordia. Así la oración del ciego nos declara las cualidades que debe tener la nuestra: su objeto, pedir misericordia; la confianza, pidiendo al Hijo de David; el fervor, clamando á grandes voces; y la perseverancia, no omitiéndola por las instancias del enemigo.

Deteniéndose Jesucristo, mandó llevar al ciego á su presencia; y cuando ya esta-

(1) Px. CXIX. 1.

ba cerca le preguntó: ¿Qué quieres que haga contigo? No se ofendió el Señor, como otros pensaban, de los clamores del pobre, antes deleitose con ellos, dice un doctor. [1] Feliz violencia, continúa San Ambrosio, que no se castiga con indignación, antes se recompensa con misericordia, pues á quien más violento es para pedirle al Señor, él lo mirará como más devoto; pues él mismo nos enseñó diciendo: "Pedid y se os dará, buscad y encontrareis; tocad y os abrirán." (2)

2

El Señor se pasó, para mostrar que nos espera, pues el pasar, cosa es de la humanidad; mas el estar en pié lo es de la divinidad. Y así Dios al pasar oyó las voces del ciego, pero parándose lo iluminó, pues por su humanidad oye la voz de nuestra miseria; y por el poder de su divinidad nos infunde la luz de la gracia. Así lo explica San Gregorio Papa. Y advertid, hermanos míos, que muy bien pudo el Señor sin pararse ni interrumpir su camino, socorrer

(1) Ambros. in Luc.

(2) Luc. XI. 9.

al ciego, pero quiso detenerse haciendo parar con él á toda la multitud que lo acompañaba, para demostrarnos su piedad y su benignidad y enseñarnos cómo debemos pararnos á oír al pobre y atender á sus súplicas.

El ciego se acercó con ayuda de algunos, quizá de los discípulos; y así deben los fieles acercarse al Señor ayudados de los sacerdotes para poder ser curados y alumbrados. A la pregunta de Jesucristo, respondió el mendigo: "Señor, que yo vea," y con esto nos revela este ciego otra cualidad de la oración, y és, que no debemos pedir lo menos, sino lo más, como él no pidió vestidos ni monedas, y que debemos pedir el remedio de nuestra mayor necesidad; como él pidió el remedio de sus ojos que era su mayor miseria. Y Jesús le dijo: "Vé, tu fé te hizo salvo." Considera, dice un doctor, que cuando pedimos con confianza y cosa ordenada, no pedimos una y se nos dá otra; sino que el Señor nos dá la misma que pedimos; como aquí el ciego pidió la vista, y se le dió la vista; por lo cual debemos entender que cuando una cosa, pedimos y otra recibimos, señal es que no pedimos con confianza, ó pedimos lo que nó nos convenía. Y el Señor atri-

buyó el milagro á la fé de Bartimeo, porque los beneficios, dice el angélico Doctor, como que se venden por la moneda de la fé. Y el ciego vió, y se puso á seguir al Señor glorificándole; y todo el pueblo que lo vió, le tributaba alabanzas. Acerquémonos á Jesucristo amados hermanos míos, él curará nuestra ceguedad, y le seguiremos caminando tras de sus huellas, y le glorificaremos por sus beneficios, y todo el pueblo de nuestras facultades y potencias le alabará, ahora y eternamente. Amén.



DOMINGO PRIMERO DE GUARESMA.

**Continuación del santo evangelio
según San Mateo.**

Entonces Jesús fué llevado al desierto por el espíritu, para ser tentado del diablo: y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre, y llegando á él el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se hagan panes. El cual le respondió y dijo: Escrito está, nó de solo pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces le tomó el diablo y le llevó á la santa ciudad y le puso sobre la almena del templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está: Que mandó á sus ángeles acerca de tí, y te tomarán en las manos porque no tropieces en piedra con tu pié. Jesús le dijo:

También está escrito, no tentarás al Señor tu Dios. De nuevo le subió el diablo á un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si cayendo me adorares. Entonces le dijo Jesús: Vete Satanás, porque escrito está, á el Señor solo servirás y á él solo adorarás. Entonces le dejó el diablo: y hé aquí los ángeles llegaron y le servían. (Math. IV. I. II.)

I.

No cabe duda, amados hermanos míos, que fué el Espíritu Santo quien condujo al desierto á nuestro Señor Jesucristo para que fuese tentado por el diablo nó llevado por fuerza, sino con voluntad de entrar en el combate; y esto fué en el desierto, porque gusta más de tentar Satanás á los que mira sólos y separados de sus semejantes. Y no hay que admirar, dice San Gregorio Papa el que nuestro adorable Redentor se haya dejado tentar por el demonio; aunque á primera vista causa espanto el pensarlo y se resisten á escucharlo los oídos; mas, si pensamos que el Señor fué entregado en su Pasión en manos de los demonios, no hay que extrañar, que

quien vino á sufrir la muerte dada por ellos, haya permitido ser tentado por los mismos; pues quiso el Señor, como nuestro Maestro, enseñarnos á vencer las tentaciones, y como dice el angélico doctor, así como con su muerte venció nuestra muerte, así con su tentación, nos dió el superar á todas nuestras tentaciones.

En aquel desierto, ayunó pues, el Señor cuarenta días y cuarenta noches, y después tuvo hambre. Ayunó para oponerse con la abstinencia de manjares á nuestro padre Adán, que sucumbió con el deleite de la manzana; [1] ayunó para mostrarnos que el ayuno es grande armadura contra las tentaciones; ayunó, para darnos el ejemplo de ayunar, enseñándonos con las obras y no sólo con palabras; (2) ayunó, dice el Crisólogo, para que véamos que ia cuaresma del ayuno, no es de invención humana, sino de autoridad divina; y ayunó en el desierto y nó en las ciudades, para enseñarnos á hacer las obras de penitencia en secreto, y nó con hipocresía delante de los hombres. [3] Y ayunó por cuarenta días,

[1] Ita Thedoret.

[2] Ita Abulens.

[3] Ita Paul de Palat

por que este es el número de la aflicción y penitencia, y porque así habían ayunado Moisés y Elías en figura del Señor. [1] Y el evangelio advierte que cuarenta días y cuarenta noches, para indicarnos, dice San Anselmo, que debemos ayunar de las cosas ilícitas, no sólo en los días de la prosperidad, sino también en las noches de la adversidad, aunque no hay duda que la Iglesia nos pone hoy este evangelio, para animarnos con el ejemplo de Jesucristo al ayuno de cuaresma. Y el Señor tuvo hambre, y observándolo el tentador, vino y le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se hagan panes. No acababa de creer el demonio que descendiese el Señor hasta tal grado de humildad, y de pobreza y de sufrimiento; y por eso, como con duda le dice: si tú eres Hijo de Dios. Los milagros lo exitaban á creerlo, pero el hambre, humana flaqueza, lo llevaba á dudarle. Y al decirle que convirtiera las piedras en panes, en parte lo tentaba por la gula, y en parte por la vanagloria y ostentación de sí mismo; y aunque podría el Señor comer del pan hecho por milagro; sin embargo,

(1) Ita Lyrau.

como en ninguna cosa se debe obedecer al demonio, nó quiso hacer un portento inútil. Y es de notar que observando el hambre de Cristo, lo tentó con manjares, porque á cada cual tienta el demonio conforme á su genio, inclinación ó propensión, espiando las ocasiones y circunstancias favorables para su astucia.

Jesucristo lo rechazó de una manera, que ni le diese á conocer su divinidad que convenía tuviese oculta, cuanto para enseñarnos que nada debemos hacer por sugestión del maligno, pues obedecerlo, seria un pecado. Y es de notar, que el tentador empieza por poco y nó pide desde el principio grandes cosas, para mejor engañarnos, pareciendo que sólo nos pide cosas justas y racionales.

Nótese también la astucia serpentina del demonio, pues parece que, como movido á piedad le dice á Cristo: " Señor, mucho habéis padecido, largos días y noches habeis ayunado, habeis hecho copiosa penitencia; preciso es concederos algún descanso para no desfallecer." (1) De este modo, dice el Nazianzeno, (2) el demonio sue-

[1] Hugo.

[2] Greg. Naz. Orat. 28

le adular bajo la especie de benignidad y compasión; tal es su modo de pelear, y con esta apariencia á muchos engaña y desbarata.

Más el Señor le respondió, que nó de solo pan vive el hombre; como si dijera, que no sólo debemos cuidar de la vida temporal que se alimenta con el pan material, sino de la del alma que vive con el pan espiritual que es la palabra de Dios, y quiso vencerlo más con la humildad que con su poder, citando la sagrada Escritura, para enseñarnos, dice San Gregorio Papa, [1] cuando seamos perseguidos, “á hacer uso de la doctrina y no echar mano de la venganza.”

Rechazado el demonio, nó perdió la esperanza y antes sigue tentando al Salvador. Tomóle pues, llevándole á la ciudad de Jerusalén, y le puso sobre la almena del templo; donde es de admirar, tanto la audacia de Satanás como la humildad del Redentor. Y pues, en la altura del templo le tienta, claro es que no hay lugar sagrado para el demonio, y que en todas partes ejercita su malignidad contra nosotros. Po-

[1] Greg. Homi XVI. in Ev.

ne en aquella altura á Jesucristo, para que el pueblo lo viese y el Señor se exitase á la vanagloria, y con esto demuestra cuánto le agrada tentar á los que están puestos en alto, como á los amos, padres y jefes de familia, para que su ejemplo sea mas dañoso á los otros y la caída tanto más peligrosa cuanto es de mayor altura. Colocado pues en ese punto elevado, dijo el demonio; Si eres Hijo de Dios échate, abajo: porque escrito está, que mandará á sus ángeles para tí y en sus manos te tomará para que no tropieze en la piedra tu pié.

Quiere de este modo probar Satanás, si al que no pudo vencer por la gula, podrá derribarlo por la vanagloria, pues así como él cayó por la soberbia, así procura, dice San Buenaventura, hacer que todos se echen abajo. Mas ¿por qué, si de vanagloria queria tentar al Salvador, no le sugirió mejor diciendo: Si eres Hijo de Dios, sube á los cielos? Es, responde, un Cardenal, (1) porque el demonio tiene al hombre tal aborrecimiento, que nó quiere verlo elevado, y por eso ni aun en tentación le su-

[1] Hugo.

giere el subir. Y el Crisóstomo (1) añade: que del demonio es arrojar al hombre para que caiga, y caído, destrozarle y matarle; pero sólo á Dios pertenece levantar al caído. Del demonio es el precipitar, mas de Dios, el salvar. Quiso pues el tentador, dirigiendo á Jesucristo esas palabras, que en lo alto de los aires se dejase ver de toda Jerusalén como á modo de los funámbulos que divierten á la gente con sus suertes; cosa, como se vé, indignísima del Hijo de Dios. Mas el demonio quiere apoyar su tentación en la sagrada Escritura, citando un verso de David que dice: [2] "Mandaré á sus ángeles de tí, y en sus manos te tomarán para que no tropieze tu pié contra la piedra." Esto se dijo de los siervos de Cristo, á quienes auxilian sus ángeles custodios, mas no convenia á Jesucristo, que es custodio de los ángeles y de los hombres; pero por aquí vemos cómo el diablo se transfigura en ángel de luz, citando las sagradas Escrituras con las cuales ha engañado á tantos herejes, como lo advierte Santo Tomás. Y el demonio suprimió una palabra del texto que dice:

(1) Chrysot. in Glos.

[2] Psalm. XC. 11.

que los ángeles "fueron mandados para cuidar al hombre en todos sus caminos:" mas del pináculo al suelo ningún camino había, dice San Bernardo, sino un gran precipicio; y Dios nó mandó á los ángeles para cuidarnos en los precipicios voluntarios. Mas el demonio, gran falsario, cita la voz de la verdad para derribarnos en la maldad, y esta es todavía una de sus astucias, el representar al hombre la divina misericordia para impelerlo á arrojarse en el precipicio del pecado.

Jesucristo le respondió: "También está escrito: no tentarás al Señor tu Dios," donde hemos de saber, que el tentar al Señor, es querer hacer experiencia de su poder sin haber para ello necesidad; y esto es pecado; porque cuando el hombre puede salir de un peligro ó librarse de cualquier mal, sólo haciendo uso de los medios naturales, nó debe recurrir á los milagros.

Otra vez tomó al Señor el diablo, hasta un monte muy elevado, y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, lo cual puede haber sido, ya expresándole la gloria temporal del mundo, como dice el doctor angélico, ya pintándole en el aire opulentísimas ciudades, hermosos edificios,

magníficas concurrencias, diversiones delectables y todas las pompas mundanas que el Evangelio llama gloria de los reinos. Allí le manifestaría los grandes palacios de los reyes, sus riquezas, su servidumbre, sus ejércitos, sus triunfos, legaciones y obsequios; y por estas apariencias quiso atraerle al amor de lo terreno y á la ambición del dominio; pero en vano, pues cuando añadió: "todas estas cosas te daré, si cayendo me adorares," el Señor le respondió: "Véte, Satanás, pues escrito está, al Señor tu Dios adorarás y á él sólo servirás;" y de este modo nos enseña que debemos rechazar al demonio acordándonos siempre del mandamiento de amar y servir á Dios, contra el cual van todas las tentaciones. Entónces, dice el santo evangelio, dejóle el diablo, y los ángeles se acercaron y le servian. Como en otro tiempo los vencedores eran recibidos con grandes obsequios, así dice Santo Tomás, vienen ahora los ángeles á obsequiar y ministrar á su Rey que acaba de triunfar, y también cuando el hombre vence al demonio, merece, dice el mismo santo, el servicio de los ángeles. Aprendamos pues, hermanos míos, del ejemplo de Jesús nuestro Capi-

tán, á pelear valerosamente contra el demonio, para que regocijando á nuestros ángeles custodios, merezcamos un día la corona de la victoria en el cielo. Amen.

